

**art
buch
wald**

TERMINEMOS CON LOS TRIBUNALES...

WASHINGTON.—Mucho se ha criticado a los Tribunales de este país. Debido a la acumulación de casos, a las constantes apelaciones y a los procedimientos burocráticos, una persona necesita mucho tiempo para formarse un juicio justo.

El profesor Horacio Hafflejinger, del Instituto de Jurisprudencia, llevó a cabo un estudio del problema y llegó a la conclusión de que en realidad no se necesitan en absoluto los Tribunales.

—En el mundo actual, de rapidísimas comunicaciones —dice—, enjuiciar a un hombre en una sala, y ante un Tribunal, resulta anticuado.

«Es más fácil juzgar a un individuo en la prensa que en un Tribunal. ¿Por qué tiene que esperar un individuo seis meses o más a que llegue el juicio, cuando todos los datos del caso han sido publicados tan pronto como fue detenido?»

—Pero, profesor, bajo nuestro sistema, una persona es considerada inocente mientras no se demuestre que es culpable...

—Por supuesto, y no intento hacer cambiar eso. Pero la prensa está en mejor posición que el fiscal para informar sobre todos los detalles. Veamos, por ejemplo, el caso del asesinato de Sharon Tate. Tan pronto como se hicieron acusaciones, la prensa empezó a trabajar. Un periódico publicó la confesión íntegra de una de las muchachas complicadas en el asunto; una revista de alcance nacional relató detalladamente los sórdidos hábitos de los acusados; la televisión ofreció entrevistas con los abogados de aquéllos. El resultado fue que el público ha sabido más del caso que el fiscal correspondiente. No creo que haya nadie en toda la nación que no se haya formado un criterio acerca de la culpabilidad o inocencia de los individuos envueltos en este caso. Ahora bien, si es así, ¿qué necesidad hay de un juicio ante los Tribunales?»

—¿No es mejor hacerlo legalmente?»

—Vaya —contestó el profesor—, todo lo que se hace es gastar el dinero de los contribuyentes. Si la prensa hace bien su trabajo, y en este caso no parece haber la menor duda al respecto, los acusados deberían ser ejecutados inmediatamente.

—¿Y qué me dice de algo como la masacre de Son My?»

—Ese es otro ejemplo de que no es necesario un proceso. Las dos principales revistas nacionales han publicado en portada el retrato del teniente Calley. El público ha visto las fotografías de las víctimas, ha leído las declaraciones de testigos. ¿Qué objeto tiene hacer un juicio cuando resulta obvia la responsabilidad de lo que ocurrió?»

—Entonces lo que usted propone es que ayudemos a la justicia eliminando los Tribunales...

—Exactamente. El sistema judicial era necesario antes de que las gentes pudieran leer periódicos y revistas y ver la televisión. Pero ahora está en mejor posición de juzgar un crimen que un Jurado de doce miembros y un juez.

—Profesor, ¿cómo propondría usted que el público decidiera sobre la inocencia o la culpabilidad de un acusado?»

—Después de cada historia sobre un crimen, el periódico o revista tendría la obligación de poner cuadritos para señalar: "A", culpable; "B", inocente. El lector pondría su anotación y enviaría el papel al periódico, que publicaría los resultados. En el caso de la televisión, se haría mediante preguntas telefónicas a gente cuyos nombres no serían hechos públicos. En todo caso, la decisión de la gente sería inapelable y así terminaríamos, de una vez para siempre, con este anticuado sistema judicial.

(Copyright, 1970, The Washington Post, Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)



VIETNAM: UN PROBLEMA QUE NO SE RESUELVE.

NIXON, AÑO UNO

Muchos de quienes le votaron esperaban del Presidente Nixon una especie de milagro. Ha pasado un año —el 20 de enero— de su instalación en la Casa Blanca, y el milagro no se ha producido. Lo que se esperaba esencialmente del nuevo Presidente era que condujese hacia el final la guerra de Vietnam. Se podía esperar ese milagro porque él mismo lo había prometido en sus campañas electorales. Sin embargo, ha conseguido dar la sensación de que está trabajando seriamente en ello, cosa que Johnson no llegó a lograr nunca. La «imagen» de Nixon, duramente combatida por sectores activos de la nación, ha conseguido, sin embargo, una mayor adhesión de la que tuvo la de Johnson, vacilante y torpe. Nixon es más «profesional», y si puede ser acusado de inmovilismo, este mismo hecho le mejora con respecto a los desniveles y desequilibrios de su predecesor. Ninguno de los problemas que tenía el país hace un año —la pobreza en ciertos sectores, la desigualdad racial, la rebelión de la juventud, el poder del complejo militar industrial, el desequilibrio económico y, desde luego, la guerra de Vietnam y la sensación de «sociedad rota»— han podido desaparecer en este año. En cambio, se ha instalado una especie de fatalismo, una sensación de que, se haga lo que se haga estos problemas no se pueden resolver, que resulta favorable a Nixon, al incluirle no entre los culpables, sino entre las víctimas de ese misterioso «fatum». Muchos creen, evidentemente, que la solución estaría en una sacudida brusca de la sociedad y del siste-

ma, en un cambio total de objetivos y organizaciones. Pero nadie ha pensado jamás, ni antes ni ahora, que Nixon fuese a emprender esa tarea. Esta nueva benevolencia de que se está beneficiando Nixon —en la encuesta del aniversario parece resultar que un 68 por ciento de la opinión pública respalda su política actual— se debe principalmente a que Nixon no tiene los escrúpulos de otros gobernantes a mostrarse derechista y conservador. Johnson lo era, fingiendo que era lo contrario, lo cual le llevaba a la contradicción y a la pérdida de adhesiones en los dos sectores. Nixon, en cambio, se apoya sobre la mayoría conservadora y derechista del país, que sigue dominando los resortes del gobierno. Sin embargo, algunos especialistas de la política interior americana sostienen que en realidad Nixon es todavía un desconocido. La tesis es que hay dos estilos de Presidentes en el país: los «progresistas», que se lanzan a la innovación desde que pisan por primera vez la Casa Blanca, y los conservadores, que utilizan enteramente el primer año de su gobierno a asentarse solidamente y, el cuarto, a preparar su reelección, de forma que sólo gobiernan realmente durante los dos años centrales. Roosevelt y Kennedy pertenecerían al primer grupo. Johnson, al segundo. Como Nixon. A Johnson no «se le vio la oreja» hasta pasado el primer año. A Nixon comenzaría a versele ahora. Hay, sin embargo, indicios suficientes para entender que la política de Nixon —con vistas, evidentemente, a la reelección de 1972— se apoyará cada vez más en el sector conservador de la nación.

Portugal CAETANISMO

Marcelo Caetano no solamente heredó de Oliveira Salazar un país que gobernar, sino un gobierno —recién nombrado— para hacerlo.

Poco a poco, mediante el prudente y poco espectacular sistema de los «reajustes» y de los «relevos», el presidente del Consejo ha ido dón-

dole una forma más propia, más personal. El último cambio se produjo el 14 de enero. Ha consistido esencialmente en una reducción de carteras, en una concentración del poder en menos hombres, en una relativa disminución de burocracia de altos cargos. Esta reorganización ministerial, evitando la tan temida palabra «crisis», está típicamente revestida de un aspecto apolítico. Es decir, tecnócrata. Han salido seis ministros y seis subsecretarios, han entrado sólo tres minis-

tros y diez subsecretarios de Estado. La renovación parece referirse más bien a la juventud de los nombrados, apoyándose así en la idea de que juventud es modernidad, que a un programa gubernamental concreto. La oposición se ha encontrado más bien defraudada: sigue sin entrar en el sistema. Se corre, en cambio, el rumor de que el partido único —la Unión Nacional— está siendo ya privado de su poder y, poco a poco, quedará congelado o incluso será disuelto.

Gran Bretaña MAYORIA DE EDAD

Una nueva ley cambia la mayoría de edad en la Gran Bretaña. Será a los dieciocho años en lugar de a los veintiuno. Pero esta nueva legislación, que afecta a unos dos millones de ciudadanos, está tan llena de excepciones que la hace de dudoso alcance. Si bien a los dieciocho años se podrá votar, no se tendrá, sin embargo, derecho a ser elegido, lo cual significa que estos dos

millones de votos nuevos se canalizarán obligatoriamente hacia las alternativas de poder presentadas por el «establishment». A los dieciocho años, los ciudadanos podrán casarse sin consentimiento de sus padres, firmar contratos de trabajo y de venta a crédito y tener acceso a la propiedad. Pero desde el punto de vista penal y fiscal, la mayoría de edad continuará fija en los veintiún años.

EL PUENTE DE CHAPPAQUIDDICK La ruta del poder del último de los Kennedy

La «mayoría silenciosa» se ha quedado en ayunas. El accidente automovilístico más polémico de la historia americana no ha producido en el Tribunal de Edgartown ninguna revelación escabrosa.

Durante cuatro días, los testigos desfilaron uno tras otro. Ted Kennedy, en primer lugar, seguido por Nancy y Marilyn Lyons, Esther Newberg, Rosemary Keough, Susan Tannebaum, Paul Markham, Joe Gargan, Charles Tretter, Ray Larosa, los amigos y amigas de Ted que habían participado en el pequeño «party» la tarde de las regatas. John Farrar, el hombre rana que afirma que Mary habría podido ser salvada; un representante de Arthur Little Inc., una sociedad de expertos tecnológicos que habían llegado a la conclusión de que la muchacha no habría logrado sobrevivir más de treinta segundos en el coche; Christopher Hook, el policía que se cruzó con el coche de Ted Kennedy aquella misma tarde, y otros más se presentaron como testigos. Pero las preguntas esenciales han quedado sin respuesta.

La reanudación del caso ha cobrado mayor interés debido a la reciente publicación del libro de Jack Olsen, «El puente de Chappaquiddick», que presenta una nueva teoría, después de la del periodista Jack Anderson —según éste, Ted se habría zambullido, pero no pensando que Mary Jo hubiese caído sobre el asiento trasero y, al no verla, habría supuesto que había con-

brada a conducir un Oldsmobile y que no tuvo tiempo de colocar su asiento para alcanzar los pedales, perdió el control del automóvil, precipitándose en el agua. El senador se ha apresurado a rechazar esa teoría de forma tan categórica como rechazó las precedentes. Su testimonio repite punto por punto su declaración televisada del pasado verano. Todo induce a creer que el puente de Chappaquiddick guardará su secreto y que sólo Ted Kennedy sabrá, en definitiva, lo que pasó la noche del 18 de julio de 1969.

Sin embargo, en el plano político, parece que sus adversarios se han apresurado a vender su piel. Un reciente sondeo de opinión revela que su popularidad no ha bajado más que de 83 a 68 por 100, lo que incluso haría de él, en la actualidad, un prestigioso candidato presidencial. Otro sondeo nos muestra que es el «americano más popular», después de Nixon, Billy Graham, Lyndon Johnson y Spiro Agnew. Pero Chappaquiddick ha marcado un giro tan decisivo en la carrera de Nixon como en la de Ted Kennedy. Acostumbrado desde siempre a encontrar un Kennedy en su camino —vencido en 1960 por John y vencido en 1962, en California, por Pat Brown, que se había beneficiado del apoyo de John y de Robert Kennedy—, Nixon había estado a dos pasos de tener a Ted Kennedy por adversario en noviembre de 1968 y se preparaba a afrontarle en 1972.

Al día siguiente de Chappaquiddick, miembros del «staff» presidencial telefonaron a varios directores de grandes periódicos para sugerirles que no «minimizaran» el asunto. Richard Nixon adoptó resueltamente la «estrategia sudista» de su consejero Kevin Phillips. Volviendo la espalda a los intelectuales, los jóvenes, las coaliciones ur-

banas y los negros, se puso de parte exclusivamente de los diversos sectores geográficos de la «mayoría silenciosa», desplazando hacia la extrema derecha su centro de gravedad política.

Pero el eclipse de Ted Kennedy no ha sido más que de corta duración. Su popularidad en Massachusetts no ha disminuido y se prevé su reelección para el puesto de senador de este Estado, en 1970, por una gran mayoría. Por otra parte, aprovechando la falta de audacia de Nixon en materia legislativa, Kennedy mantiene desde hace dos meses, en el Senado, junto a Mike Mansfield, del cual es ayudante, un vigoroso combate destinado a llevar al partido demócrata a la victoria en el curso de las elecciones legislativas de noviembre próximo.

Ciñéndose a la cuestión social y permaneciendo políticamente en una prudente reserva, Ted Kennedy se prepara para la convención del partido demócrata en 1971. Sabe que en 1976 no tendrá más que cuarenta y cuatro años, pero piensa que para entonces el mito Kennedy habrá perdido su lustre. Piensa, igualmente, que 1972 podría ser un mal año para una revancha demócrata, pero sabe también que los contrarios tendrían oportunidades de ser verdad.

La amplitud de la recesión económica, la guerra vietnamita, las contradicciones de Nixon pueden crear, de aquí a 1972, las condiciones de un relanzamiento demócrata. Entonces podría aparecer perfectamente como el candidato mejor situado para rehacer la unidad del partido y conducirlo al poder. Los americanos tienen una cierta debilidad por las «entrées» espectaculares y otorgan espontáneamente a los luchadores una segunda o incluso una tercera oportunidad. Nixon es un ejemplo viviente.



—Supongo, Pepe, que ahora que eres tan importante conseguirás que te respete.